

El pueblo quiere libertad y dentro de la ley se apresta á trabajar por ella; dentro del orden quiere ejercitar sus derechos. Pero tan noble deseo no es comprendido, á la labor honrada se la considera labor revolucionaria, labor anarquista, disolvente é inmoral.

Y para combatir tan noble trabajo se le calumnia y se deja entrever, se deja sentir, ese deseo egoísta que corre vergonzante de uno á otro lado del periódico, agazapándose en todos los artículos y asomándose en todas las gacetillas, el deseo que consiste en que el Gral. Díaz continúe por más tiempo aun después de este período, ocupando la Presidencia de la República para hacer la desgracia de la Nación; pero como decimos, el repugnante deseo vive solapado, oculto, como el delito del ladrón.

Y en verdad que el solo deseo es un crimen. La pretensión, por sí sola, es un atentado, una injuria á la libertad, porque se pretende hacer interminable la etapa más obscura, más opresora y tiránica de nuestra vida nacional. Se quiere extender, hacer más grande el opresor período, aunque con tanta tiranía acaben de afeminarse los caracteres y no haya una sola voluntad, que se alce airada en contra del Poder.

En eso consiste el deseo y por tal motivo no se atreve á declararse con franqueza, y como los reptiles, procura deslizarse prudentemente por temor á que hagan ruido sus escamas. Vive de engaños porque la idea está desprestigiada y es vista con desprecio.

Por fortuna el espíritu público comienza á despertar, y cuando el caso así lo requiera, hará sentirse la voluntad nacional. El espíritu público, se encuentra en estos momentos como el organismo que sale de un largo descanso. Necesita orientarse y á tal fin debemos emplear todas nuestras energías, pa-

ra que dentro de tres años, cuando se trate de burlar el voto de la Nación, los ciudadanos no se dejen sorprender y den su voto por un hombre honrado, liberal y patriota, que tenga firmes convicciones liberales y no sea afecto á tiranizar como el Ministro Reyes, ni aristócrata y de nacionalidad dudosa como su colega Limantour.

Nosotros, á fin de no dejar que se sorprenda á los ciudadanos, damos á conocer la criminal intención de los periódicos gobiernistas. No podemos permanecer indiferentes á la idea de que el Gral. Díaz pudiera reelegirse otra vez, pues creemos que basta con la burla que se ha hecho á la democracia reeligiéndose hasta que ha querido.

La Nación ha soportado tanta opresión creyendo, equivocadamente, que ella sería benéfica al país, y hasta se tuvo como verdad la absurda teoría de las autocracias necesarias; llegó á darse la razón á la imposible y desquiciadora doctrina de los hombres necesarios.

Desgraciadamente, nuestra obsecación tuvo la necesidad de comprobar el absurdo de un modo que nos ha arruinado. Se creyó que era necesaria la tiranía y estamos palpando, que, en efecto, ha sido necesaria para embrutecer al pueblo, para agotar voluntades, único fin á que aspiran las tiranías para ejercitar sin riesgo su imprudente opresión. Muerto el espíritu público, la imposición de cualquiera autocracia es cosa fácil.

Y ahora, cuando se han despejado las inteligencias y se ha hecho la luz en la obscura idea, en la negra obsesión de la necesidad de la tiranía, nos encontramos con la amarga visión de un pueblo degradado, hecho para la pasividad y rehacio á todo lo activo, á todo lo que sea movimiento y que en medio de su atrofia cerebral, conserva aun algo de dignidad que